

Hubiera podido contar sin duda sobre los socorros de Butler, pero éste era tan pobre como ella. En fin, para vencer esta dificultad, formó una resolución extraordinaria, de la que daremos cuenta en el capítulo siguiente.



CAPITULO IX.

El palacio de Laird de Dumbidikes, en el que vamos á introducir ahora á nuestros lectores, está á tres ó cuatro millas al Sud de San Leonardo. Tuvo en otra ocasion su celebridad, pues el antiguo Laird, bien conocido en todas las tabernas de una milla al contorno, llevaba su espada; tenia dos caballos y cuatro perros; seguia al lord Ross á la caza; juraba y hacia apuestas en todas las carreras de caballos y riñas de gallos; y se daba á sí mismo el dictado de hombre de importancia. El propietario actual habia hecho perder á su linage una parte de su esplendor, pues que vivia retirado en su casa como avaro, mientras que su padre habia vivido como disipador, estúpido é insensato.

Este palacio era lo que se llama en Escocia una *casa simple*: es decir, que no tenia mas que una habitacion en cada piso. En cada una de éstas habia seis ó siete ventanas colocadas irregularmente, pero tan pequeñas, que aun abiertas todas, daban menos luz que una de nues-

tras ventanas modernas. El techo de este edificio sin arte, semejante á los castillos de naipes que hacen los muchachos, estaba cubierto de piedras llanas y oscuras en vez de pizarras. Una torre semicircular pegada á un lado contenía una escalera de caracol, que conducía á las habitaciones. Al pie de la torre estaba la puerta de la entrada de la casa, guarnecida con grandes clavos de cabeza redonda, y la parte superior de sus murallas ó paredes estaba llena de barbaeanas. Una especie de patio, cuyas paredes se hallaban medio arruinadas, contenía las caballerizas, los establos etc. El suelo de este patio estuvo empedrado algun dia, pero el tiempo, que todo lo destruye, habia deslocado las piedras, y una hermosa cosecha de ortigas y de cardos crecía magistuosamente en su lugar. Solo una senda, que conducía desde la puerta de la cerca hasta la de la torre, daba algunos indicios de que aquella simple casa era aun habitada. Un pequeño jardin, al que se entraba por una abertura hecha en la pared del patio, se hallaba en el mismo estado de prosperidad; pero encima de la puerta principal habia una piedra negra, en la que se descubrian algunos restos de las armas de los Dumbidikes.

que fueron gravadas en tiempos antiguos.

A esta casa, que llamaban de recreo, se llegaba por un camino construido de fragmentos de piedras, tirados como á la aventura, y rodeado de tierras de labor no cercadas, y en un prado mezquino y cuasi estéril se veía atado á una estaca al fiel palafren del Laird, que se esmeraba en encontrar su desayuno. Sin embargo, tal estado de decadencia no era efecto de la pobreza sino de la apatía.

Fue en una bella mañana de la primavera y muy temprano cuando Jeanie Deans, no sin alguna vergüenza y timidez, llegó al palacio, que acabamos de describir, y entró en el patio. No era una heroína de romance; por lo mismo examinó con interés y aun con alguna curiosidad una casa, de la que hubiera podido pensar que podría ser el ama, dándole á su propietario un poco de aquel estímulo ó aliento que las mugeres de todas condiciones saben por instinto distribuir con tanta destreza. Por otra parte Jeanie no tenía ideas mas elevadas que las que le permitía su estado y educacion; y encontró que la casa, aunque inferior al palacio de Dalkcirk y á otros que habia visto, era un edificio soberbio en su especie, y que las tierras serian

fértiles, si estuviesen mejor cultivadas. Pero su corazón era incapaz de dejarse seducir por ideas de grandeza y de opulencia, y aun admirando el esplendor de la habitación de su antiguo adorador, y haciendo justicia á la bondad de sus tierras, no le ocurrió ni por un momento el hacer al Laird, á Butler y á ella misma la injusticia que tantas mugeres de una clase mas distinguida, no hubieran dejado de hacer á los tres aun con menos motivos de tentación.

Habiendo ido con la intención de hablar al Laird, Jeanie buscó por todas partes, á ver si encontraba un criado que le anunciase su llegada y le pidiese un momento de audiencia. No encontrando ninguno, se atrevió á abrir una puerta, pero vió que era la de la antigua pertera del difunto Laird, y que entonces servía para hacer la legía, segun lo manifestaban los utensilios que vió allí: abrió otra, pero era la antigua pieza de los alcones, y aun se descubrieron algunos palitroques medio podridos, que les servían de apoyo cuando los habia. Una tercera pieza que abrió, la condujo á la carbonera. Esta se hallaba bien provista, pues un buen fuego era el único objeto sobre el que el Laird actual no queria oír hablar de economía.

Los demas pormenores domésticos los dejaba al cuidado de su ama de gobierno, la misma que habia servido á su padre, y que segun la crónica escandalosa del pais, habia encontrado medio de hacerse un buen nido á sus espensas.

Jeanie continuó abriendo puertas hasta que llegó á la caballeriza. El Pegaso, que era el único que la habitaba de su especie, y que ella habia visto en el prado, le era bien conocido, y descubrió colgados á la pared los arneses y la silla. Partía con él esta morada una vaca, que volvió la cabeza luego que oyó ruido, como esperando la pitanza de la mañana. Jeanie comprendió lo que queria el pobre animal; y viendo algunos haces de heno en un rincón, desató uno y se lo puso en el pesebre. Esta operación debió haber estado ya hecha mucho antes, pero los animales del palacio del Laird no estaban mejor cuidados que sus tierras.

Mientras que Jeanie se ocupaba en este acto de humanidad para con el pobre animal, que le manifestaba su agradecimiento á su modo, comiendo con apetito, llegó la criada encargada de aquel cuidado, que acababa de arrancarse, no sin pena, de las dulzuras del sueño; pero en el instante que vió á una estrangera ocu-

pada en desempeñar las funciones, que ella debió haber llenado mucho antes, exclamó desfavorida. ¡Ay Dios mío! ¡una bruja! ¡una bruja! y echó á correr como si hubiera visto al diablo.

Para explicar la causa de este terror, es menester observar, que segun una antigua tradicion, el palacio del Laird se hallaba frecuentado por una Bruja ó *Brownie*, nombre que se da en Escocia á los espíritus familiares, que se supone acuden á las casas para hacer los trabajos, que los criados dejan en retardo por pereza. Esta asistencia de tales espíritus en ninguna parte hubiera sido mas útil y mas necesaria, que en una casa, en donde todos los criados estaban tan poco dispuestos á la actividad; y sin embargo la pobre criada estaba tan poco tentada á alegrarse de ver un substituto aéreo, que desempeñaba las funciones que ella habia dejado en retardo, que puso en conmocion á toda la casa con sus alaridos. Ella les redoblaba y les aumentaba aun viendo que la bruja la seguia, pues Jeanie, deseando tranquilizarla, salió detras de ella de la caballeriza, manifestándola quien era y porque se encontraba allí. Pero antes de lograrlo encontró á Mistriss Jenny Balchristie, que corrió al ruido, la Sultana favorita del antiguo

Laird, y el ama de gobierno del Señor actual. Esta era una muger de unos setenta años, cara arrugada y de color de box antiguo; ojos hundidos y penetrantes, envanecida con su autoridad, celosa de todos los que podian tener alguna influencia en la opinion de su amo, humilde para con éste y orgullosa con los demas. Sabiendo que su crédito no se hallaba apoyado para con el hijo sobre una base tan sólida como lo habia estado para con su padre, habia introducido en la casa, como coadyutora, á una sobrina suya, la gritadora de que acabamos de hablar, que aunque tenia hermosos ojos y unas facciones regulares, no pudo hacer la conquista del Laird, pues este parecia ignorar que hubiese en todo el universo otra muger que Jeanie Deans.

Apesar de esta indiferencia de su amo por el bello sexo, Jenny Balchristie no estaba menos inquieta de verle hacer todos los dias regularmente una visita á la quinta de San Leonardo, aunque en el espacio de diez años no hubiese tenido ningun resultado; y cuando el Laird la miraba y la decia deteniéndose á cada palabra, -- Jenny, yo mudaré mañana... temblaba siempre que añadiese de condicion, y se

quedaba muy contenta cuando le oía decir... de zapatos.

Ademas, era muy cierto que Jenny tenia un ódio mortal á Jeanie, como sucede á muchas personas de su clase con respecto á las que temen, y una aversion general á toda muger jóven y de unas facciones regulares, que solo tuviese la intencion de llegarse á la casa, y sobre todo, de hablar al Laird. En fin, como aquella mañana se habia levantado antes de la hora ordinaria, gracias á las voces de su sobrina, se hallaba en estado de reñir á todo el género humano, *omnas et singulas* como decia nuestro amigo Saddletree.

-- ¿Quién diablos sois? le dijo la vieja arpia que Jeanie no habia visto nunca, y no la conocia. ¿Con qué facultades venis á causar este alboroto á una casa honrada y á esta hora?

-- Es que... yo... tenia necesidad de... hablar al Laird, dijo titubeando Jeanie, que lo mismo que los demas habitantes de las inmediaciones, temblaba á la vista de aquel gen-darme con zagalejo.

-- ¿De hablar al Laird?... ¿y qué podreis tener que decirle? ¿cómo os llamais? ¿creeis que su señoría no tenga otra cosa que hacer, que

oir las baehilleras de la primera piltrafosa que corre por esos mundos? Y sobre todo, cuando está aun en la cama, y en lo mejor de su sueño, el buen señor

-- Mi querida Mistriss Balchristie, le respondió Jeanie con un tono sumiso: ¿qué, no me conocéis? Yo soy Jeanie Deans.

-- ¡Jeanie Deans! exclamó la vieja afectando una gran sorpresa, y mirándola con aire maligno y burlon; si, añadió, en verdad que es Jeanie Deans. Yo creo que harian bien de llamaros Jeanie diablo. ¡Habeis hecho buena hacienda, vos y vuestra hermana! ¡haber asesinado á un pobre niño inocente! Pero ella será ahorcada: bien hecho. ¿Y sois vos la que os atreveis á presentaros en una casa de honor á estas horas, y que pretendéis ver á um hombre, ahora que está en la cama?

Una brutalidad semejante dejó muda á Jeanie. En medio de su confusion y de su trastorno no pudo encontrar una palabra para justificarse de la siniestra interpretacion que se daba á su visita, y la rabiosa Jenny Balchristie aprovechándose de la ventaja que le daba este silencio, continuó con el mismo tono.

-- Vamos, vamos, volvedme la espalda inme-

diatamente y que esta puerta no os vea entrar por ella otra vez. Si vuestro padre no hubiese sido arrendador del Laird, llamaria á los criados y os haria chapuzar en la balsa para castigaros de vuestra insolencia.

Jeanie al oír las primeras palabras de aquella bruja, se dirigió ácia la puerta. Mistriss Balchristie, que no queria que perdiese ninguna de sus amenazas, la siguió elevando cada vez mas su voz de stentor hasta el diapason: pero le sucedió lo que á muchos generales, que pierden á veces la victoria, ya ganada, por acosar demasiado al enemigo vencido.

El Laird de Dumbidikes habia despertado de su pesado sueño á los primeros gritos de la criada; pero como estaba acostumbrado á oír gritar á la tia y á la sobrina, en el primer momento se volvió del otro lado, y trató de dormirse otra vez. La elocuencia estrepitosa de Mistriss Balchristie se lo impidió, y en la segunda esplosion de la cólera de aquella muger hombruna, habiendo llegado á sus oídos el nombre de Deans, pensó que era algún recado que le traian de parte de aquella desgraciada familia, y que la bilis de su ama de gobierno se habia irritado, viéndose despertar tan tem-

prano. Como sabia que ésta detestaba á la familia de Deans, saltó inmediatamente de la cama, tomó su antigua y vieja bata de brocado, se puso su sombrero con galones (aunque algunos dicen que no necesitó ponerselo, porque dormia con él) y abriendo la ventana de su alcoba, vió con la mayor sorpresa que Jeanie salia de su casa y se retiraba llorando, mientras que su ama de gobierno, puesta de jarras, le prodigaba mas injurias que el Laird habia oido pronunciar en toda su vida.

Su cólera no fue menor que su sorpresa. -- ¡He! ¡he! exclamó: ¡vieja de sataná! ¡cómo diablos te atreves á tratar así á una joven honrada!

Mistriss Balchristie se encontró cogida en su propio lazo. Veia por el tono extraordinario con que su amo acabava de esplicarse, que tomaba la cosa de un modo sério. Sabia que apesar de su indolencia habitual, habia ciertos puntos sobre los cuales era arriesgado el contradecirle, y la prudencia le habia enseñado á temer su cólera. Trató pues de salir de aquel apuro lo mejor que pudo, diciendo que no habia hablado sino por el honor de su casa; que no habia podido resolverse á despertar á su seño-

ría tan temprano, pues que la jóven podia bien esperar ó volver mas tarde; y que despues podian equivocarse entre las dos hermanas, y una de ellas no era un conocimiento que hiciese honor á nadie.

Callad, vieja indecente, le dijo el Laird: los zapatos de la última de las miserables perdieras serian aun demasiado buenos para vuestros pies, sino fuera por lo que yo no ignoro. Jeanie, Jeanie, hija mia, no lloreis, entrad en casa. Pero todo estará aun cerrado; esperadme un instante, y no os inquieteis por los ahullidos de esa perra hedionda.

No, no; dijo Mistriss Balchristie, procurando reirse con algun agrado, no os inquieteis hija mia por lo que yo digo, pues ladro mas que muerdo, como todo el mundo sabe. ¿Por qué no me habeis dicho que teniais una cita con el Laird? A Dios gracias, yo se vivir. Entrad, Miss Deans, entrad, añadió abriendo la puerta y separándose ácia un lado para darle lugar.

Yo no tengo ninguna cita con el Laird, respondió Jeanie, retirándose algunos pasos; no tengo que decirle mas que dos palabras, y podré decirselas aqui mismo.

-- ¡Como! ¿en el patio? No, hija mia, yo no soy tan descortés que pueda permitir una cosa semejante. ¿Y como está vuestro buen padre, M. Deans?

La llegada del Laird ahorró á Jeanie el trabajo de contestar á tanta hipocresía.

-- Id preparar el almuerzo, le dijo al ama de gobierno; y vos Jeanie, entrad, almorzareis conmigo, y descansareis un poco.

-- No, no; le contestó Jeanie, manifestando toda la tranquilidad que pudo, aunque en el fondo estaba aun sumamente agitada; yo no puedo entrar, tengo mucho camino que hacer hoy. Es menester que esta noche me halle á veinte millas de aqui, si mis piernas me lo permiten.

-- ¡A veinte millas de aqui! exclamó Dumbdikes, cuyos mas largos viages no habian pasado de cinco ó seis. ¡No penseis en semejante cosa! Vamos; entrad, entrad.

-- Yo no tengo que deciros mas que una palabra, y os la puedo decir aqui, ya que Mistriss Balchristie....

-- ¡Que el demonio se lleve á Mistriss Balchristie, y bará muy buen negocio! Yo hablo poco, Jeanie; pero yo soy el amo en mi casa,

y se hacer que me obedezcan personas y animales, excepto mi caballo rory; y no puedo ver que me contradigan, sin que la sangre me hierva en las venas.

-- Yo quisiera deciros, continuó Jeanie, que voy á hacer un viage muy largo, sin que lo sepa mi padre.

-- ¡Sin que vuestro padre lo sepa! contestó Dumbidikes con interés. ¿Y esto es decente? No, Jeanie: reflexionad un momento. Esto no va bien.

-- Si yo me hallase en Londres, dijo Jeanie para justificarse, estoy segura que encontraría medios para hablar á la Reina, y que lograría el perdon de mi hermana.

-- ¡Londres!... ¡La Reynal... ¡El perdon de su hermana!... Esta pobre muchacha ha perdido la cabeza, dijo el Laird todo sorprendido.

-- No he perdido la cabeza, no; estoy resuelta á ir á Londres, aunque sea pidiendo limosna de puerta en puerta; lo que me veré precisada á hacer á menos que no tengais la bondad de prestarme una pequeña suma para los gastos indispensables de mi viage. Vos sabéis que mi padre se halla en estado de devolverosla, y que no querria que nadie tuviese que

arrepentirse de haberse fiado en mí, y vos mucho menos que cualquiera otro.

Dumbidikes comprendiendo el motivo de su visita, apenas podía dar crédito á sus oídos. Con todo no le dió ninguna respuesta, y se quedó parado con los ojos fijos en el suelo.

-- Yo creo que no teneis intencion de servirme, le añadió Jeanie. A Dios, pues. Id á ver á mi padre lo mas amenudo que podais. ¡El pobre! Va á encontrarse bien solo en este momento.

Al mismo tiempo dió algunos pasos como para irse, sin esperar mas contestacion...

-- ¿A donde va la loca? exclamó Dumbidikes, y tomándola por el brazo la hizo entrar en la casa. No es que yo no haya pensado, le dijo el Laird, sino que las palabras me se quedan entre los dientes.

Entonces la condujo á una habitación amueblada, y adornada á lo antiguo, y cerró la puerta con el cerrojo luego que entraron. Jeanie, sorprendida por esta maniobra, se quedó lo mas cerca que pudo de la puerta. Habiendo tocado el Laird un resorte secreto en una de las paredes, se abrió una puerta que les dejó ver una enorme caja de hierro, y habiéndola

abierto, Jeanie vió que estaba llena de piezas de oro y de plata.

-- Aquí teneis mi banca, Jeanie, le dijo, mirándola con cierto aire de satisfaccion. Esto vale mas que todos los billetes de los mejores negociantes y banqueros que arruinan á veces á los que se fian en ellos.

Pero mudando repentinamente de tono, le dijo con mas resolucion que el mismo creia tener. -- Jeanie, yo quiero que antes de ponerse el sol vos seais Lady Dumbidikes; y entonces podreis tener un coche con cuatro caballos para ir á Londres, si lo quereis.

-- No, no; le contestó Jeanie; esto no puede ser. Los sentimientos de mi padre... la situacion de mi hermana... vuestro mismo honor...

-- Este es mi negocio. Estoy seguro que no me hablariais asi, sino estuvieses loca; pero no por eso os estimo menos. En el matrimonio basta que uno de los dos esposos tenga juicio. Ademas si vuestro corazon está hoy demasiado afligido, tomad ahora lo que querais y dejemos el casamiento para despues. Tanto valdrá entonces como ahora.

Jeanie conoció la necesidad de explicarse con un amante tan extraordinario.

-- Yo no puedo casarme con vos, le dijo, porque hay un hombre á quien yo quiero mas.

-- ¿A quién vos quereis mas? Esto es imposible. ¿Como puede ser esto, si hace tanto tiempo que vos me conoceis!

- Pero yo le conozco aun hace mucho mas tiempo.

-- ¿Mucho mas tiempo? Esto no puede ser. Vos habeis nacido en mis tierras. Pero aun no lo habeis visto todo Jeanie. Entonces abrió una segunda arca; ved Jeanie, le dijo, aqui no hay mas que oro; y despues aqui el libro de las rentas; trescientas libras esterlinas limpias de polvo y paja, sin contar el producto de las tierras, y ademas el guarda ropa de mi madre y de mi abuela; ropas de seda, encajes tan finos como telas de araña; un collar de perlas finas, braceletes y pendientes de diamantes: todo esto está allá arriba; venid á verlo Jeanie.

Jeanie no cedió á la tentacion de ver aquellas preseas, á la que el Laird creia, y tal vez con razon, que era difícil á una muger el resistir.

-- Es imposible, le repitió Jeanie; yo os lo he dicho ya: aunque me dieseis la baronia de Dalkeith y la de Lugton encima, yo no le faltaria á la palabra que le he dado.

-- ¡A la palabra que le habeis dado! dijo el Laird un poco incomodado. Pero ¿quién es? ¿cómo se llama? Vos no me habeis dicho su nombre. ¡Bah! Es que no hay nada, y haceis hai... la tonta: vamos ¿quién es? ¿quién es?

-- Ruben Butler, respondió Jeanie.

-- ¡Ruben Butler! exclamó el Laird sorprendido ¡Ruben Butler! ¡El hijo de un paisano! ¡Un substituto de maestro de escuela! ¡Un hombre que no tiene en su bolsillo el valor del vestido miserable que lleva acuestas! Muy bien, Jeanie, muy bien. Vos sois la dueña dijo, cerrando las dos arcas y la contrapuerta que se habia abierto en la pared. Un ofrecimiento despreciado no debe ser causa de rina: un hombre puede conducir su caballo al pilon, pero veinte no le harán beber, si el no quiere. Pero en cuanto á gastar mi dinero con las que quieren á otro...

El orgullo natural de Jeanie, se encontró un poco humillado.

-- Yo no os he pedido mas que un préstamo, y nunca creí que pusierais tales condiciones para concedermelo. Por lo demas, vos habeis usado de mil bondades con mi padre, y yo os perdono vuestra negativa con todo mi corazon.

Al mismo tiempo tiró del cerrojo, abrió la puerta, y se fue sin escuchar al Laird que le decia: un instante, Jeanie, un instante. ¡Escuchadme! Pero ella atravesando á grandes pasos el patio, salió del palacio llena de vergüenza y de indignacion, viendo le negaban un servicio sobre el que le parecia poder contar.

Fuera del palacio, corrió sin detenerse hasta que llegó al camino real. Allí acortando el paso, y habiéndose calmado un poco su despecho, empezó á reflexionar sobre las consecuencias de la negativa que acababa de experimentar. ¿Emprenderia de veras su viage á Londres mendigando? ¿Volveria á San Leonardo á pedirle dinero á su padre con riesgo de perder un tiempo tan precioso, ó de que le prohibiese hacer un viage, que miraba como el único recurso para salvar la vida á su hermana? No veia medio alguno entre estos dos extremos, pero reflexionando lo que debia hacer, seguia siempre, aunque lentamente, el camino de Londres.

Mientras se entretenia en estas reflexiones, oyó detras de ella los pasos de un caballo, y una voz bien conocida que la llamaba por su nombre. Ella se volvió, y descubrió al Laird de

Dumbidikes, montado sobre su flaco alazán con bata y chinelas como le habia dejado en su habitacion, pero con su sombrero galonado.

Cuando Dumbidikes estuvo cerca de Jeanie le dijo: he oido decir que no se debe hacer caso de la primera palabra de una muger.

-- Pues vos podeis hacer caso de la mia, le contestó Jeanie; porque yo no tengo mas que una, y esta es siempre la verdad.

-- Pues entonces Jeanie, es de la mia; que no debeis hacer caso. Yo no quiero que hagais semejante viage sin dinero; y al mismo tiempo le puso en la mano una bolsa de cuero bastante llena.

-- Yo sé que mi padre os volverá este dinero hasta el último maravedi; y sin embargo, yo no le aceptaria, si creyese que vos pudieseis pensar en otra cosa, que en recibirlo otra vez.

-- Hai teneis veinte y cinco guineas justas, dijo el Laird suspirando; pero que vuestro padre me las vuelva ó no, ellas están á vuestro servicio sin ninguna condicion. Id á donde pensais; haced lo que os parezca, y casaos con todos los Butlers del pais, si quereis. A Dios, Jeanie.

¡Que el cielo os lo recompense! exclamó

Jeanie, cuyo corazon en aquel momento se halló mas penetrado de gratitud por la generosidad inesperada de aquel carácter singular, que lo que Butler hubiera querido. ¡Que la bendicion del Señor, añadió, que toda la dicha del mundo os acompañe para siempre, si no debemos vernos mas!

Libre ya de un cuidado que tanto la acongojaba, Jeanie pensó entonces en el importante viage que empezaba, y reflexionó con placer, que gracias á su economía habitual se encontraba ya con mas dinero que el que habia de menester para ir á Londres, estar allí y volver á San Leonardo.

